

Panasiatismo japonés y su relevancia en la guerra europea de 1914

Paulina Zamorano Varea
Departamento de Ciencias Históricas
Universidad de Chile

ABSTRACT

The article analyzes Japan's development into a world power, emphasizing that this phenomena is not only the result of its modernizing and opening up strategies, but is mainly due to the strengthening of a Japanese nationalism that focuses on panasiatic ideals and activities, all within the framework of an imperialist, economic and military policy that was successfully demonstrated in the First World War.

Referirse a la historia del Japón durante el siglo XIX y primeros decenios del siglo XX, significa adentrarse en una problemática de contrastes y cambios experimentados por este país en esos años.

¿Cuáles fueron los factores que llevaron a Japón desde el aislamiento, con respecto a Occidente, y el arcaísmo feudalizante, a ser una potencia económica, militar e imperialista de primera línea en el Lejano Oriente y el Pacífico, a fines de la Primera Guerra Mundial? ¿Qué rol jugó el ideal panasiático japonés en la puesta en marcha de una política militarista, económica y expansionista agresiva, durante y después de la primera conflagración? Estas son algunas de las interrogantes que trataremos de dilucidar.

Japón, durante el período del Shogunado, que se extendió desde 1186 a 1868, vivió una etapa de relativo estancamiento y aislamiento con respecto a Occidente. Así, la primera mitad del siglo XIX se caracterizó por la existencia de un Emperador o Mikado nominal, ya que el poder político estaba en manos del "sei-i-té Shogún", poderoso jefe militar que había restaurado el poder, en 1186, colapsado por la guerra

civil entre las grandes familias nobles. Su economía era de corte feudal; centrada en la agricultura con la producción del arroz; escasez de numerario y comercio en manos de los “chonis” u hombres de la ciudad. Los “daimos” o Señores, que habían cooperado en la restauración del poder, eran los verdaderos dueños de la tierra, acaparando cada vez más y apremiando a los colonos. Así, se observó, lentamente, el ascenso de los plebeyos, nuevos ricos, mientras la nobleza se empobrecía.

Durante la época Tempo, que corresponde a la primera mitad del siglo XIX, se comenzó a vislumbrar los problemas que llevarían a la restauración imperial: los samurais y el pueblo luchaban contra los chonins; los decretos del Shogunado, con el fin de calmar la animosidad contra los hombres de la ciudad, que establecían la baja de los precios, resultaron insuficientes, permitiendo que su prestigio se debilitara justo cuando la intervención occidental era casi un hecho.

La apertura de los puertos de Hakodate y Shimoda, en 1854, a las potencias occidentales -Estados Unidos e Inglaterra tras la penetración del Comodoro Perry y el establecimiento de los tratados desiguales-, con el posterior acceso a Nagasaki, Yokohama y Niigata demostró dos situaciones: primero, la debilidad del poder del Shogunado, incapaz de oponerse a las exigencias occidentales y, segundo, una cierta voluntad por inscribirse e iniciar un proceso de cambio orientado hacia la occidentalización que, tras la Revolución de 1868 que determinó la caída definitiva del Shogunado y la ascensión del joven Emperador Mutsu-Hito, se tradujo en el comienzo de la llamada “era de las luces”, del “conservadurismo ilustrado” y, por tanto, la época de colaboración con los países más progresistas. La “Carta de los cinco artículos”, entregada por Mutsu-Hito, fue una garantía de seguridad de sus intenciones “de permitir la cooperación de los gobernados y los gobernantes”. Era una promesa de modernización y transformación progresista del Japón que, entre otros aspectos, señalaba:

“1. Asambleas deliberativas serán constituidas cuanto más ampliamente posible y todas las cuestiones serán decididas en discusiones públicas”.

“2. Todas las clases altas o bajas se unirán para llevar adelante con vigor la administración de los asuntos del Estado...”

“5. El conocimiento deberá ser buscado en cada parte del mundo de manera de reforzar las bases del régimen imperial”¹.

Las reformas que siguieron a este cambio político pueden calificarse de acertadas, pues aunque no rompieron, formalmente, toda la vieja estructura política y social, las nuevas autoridades adoptaron selectivamente el modelo occidental, tomando decisiones organizativas prácticas, pero no impositivas ni rupturistas en aquello que no convenía. Así, la enseñanza se hizo obligatoria (1871); el budismo dejó de ser religión del Estado; los Jaimos fueron despojados en provecho de la propiedad campesina; se eliminó la institución militar samurai y, en su lugar, se estableció el servicio militar obligatorio (1872).

En 1889 se dictó una Constitución que creó el Parlamento compuesto por una

Cámara de los Pares sometida al Emperador y una Cámara de Diputados, elegidos por sufragio censitario, que sólo tenía derecho a rechazar créditos pero no a nombrar o destituir al gabinete.

En el proceso de modernización y transformación que inició Japón en las tres últimas décadas del siglo XIX, cabe destacar los objetivos primordiales del Imperio Meiji: desarrollo económico e industrialización; potenciamiento militar y expansionismo. Todo esto se traduciría, a la larga, en un doble imperialismo: el de los comerciantes, pacífico, y el de los militares cuyas miras estaban puestas en lograr un gran aumento de la población, a través de la expansión territorial.

Con respecto al desarrollo económico, éste tuvo un importante apoyo en el capital europeo y en la puesta en marcha de un sistema de capitalismo "estatal" que tomó la iniciativa respecto al desarrollo comercial e industrial, ejerciendo un estrecho control y procurando levantar diversas compañías con el concurso de miembros de la pequeña nobleza a la que trataba de sacar de la pobreza, constituyendo una nueva clase comercial, la de los "chizobu". A este período de crecimiento, favorecido por la inflación, le siguió una etapa de deflación, producto de la crisis mundial de 1874, que fue superada hacia 1880 cuando se propició un cambio de política ante la necesidad urgente de contar con los círculos de los negocios. El Estado comenzó a ceder a las empresas privadas muchos de los establecimientos que había fundado. Esta etapa corresponde a la primera de tres fases de industrialización del Japón, que tuvo como elemento directivo los textiles y que se mantuvo hasta el surgimiento de este país como potencia mundial².

El desarrollo acelerado de la economía japonesa, que significó la modernización y expansión de la industria y el comercio, fue paralelo con el inicio de una política expansionista y colonialista que se llevó a cabo gracias al potenciamiento del ejército, concretándose, en el mediano plazo, en un imperialismo japonés panasiático.

La voluntad expansionista japonesa tuvo su acicate en la competencia de los países occidentales, movida por un nacionalismo antiblanco. Japón entendía que su posición preeminente en Asia Oriental y el Pacífico dependía de una política que permitiera hacer de Asia su ámbito de influencia. Dos son los lemas que declaran esta voluntad: en primer lugar, "un país rico, un ejército poderoso" que implicó el desarrollo de un capitalismo con un marcado objetivo militarista, ya que entendía que ser un país rico no sólo iba en beneficio del pueblo, sino también era indispensable para constituir un ejército poderoso. Entre otras, esa es la explicación del desarrollo de las comunicaciones con la construcción de ferrocarriles y tendido de líneas telegráficas. En segundo lugar, la divisa "salir de Asia y entrar a Europa" declaraba la voluntad cierta, no sólo del ejército y del Estado sino de toda la nación, de seguir el mismo camino de las potencias occidentales si se quería participar en la política hegemónica mundial.

Japón demostró su capacidad de competencia y reciente potenciamiento en el campo diplomático, militar y político en tres documentos de diversa naturaleza: la

Paz de Simonoseki firmada tras el triunfo en la guerra chino-japonesa de 1895; el Tratado de Portsmouth luego de terminada la guerra ruso-japonesa de 1905 y el Tratado con Inglaterra de 1902.

La guerra chino-japonesa se enmarca en el ámbito de la política hegemónica de Japón en los territorios vecinos, siendo la primera vez que el imperialismo japonés se reveló como algo concreto y real para el resto del mundo. En esta ocasión el objetivo fue Corea; disputada por siglos con China, esta situación llevó a que ambas naciones mantuvieran tropas en Seúl. En julio de 1894, el permanente conflicto sirvió de pretexto a Japón el que, sin previa declaración de guerra, expulsó a los chinos de Corea, hundió su flota acorazada, tomó Port Arthur e invadió Petchili. No obstante el triunfo nipón, la paz no le fue del todo beneficiosa. Las potencias europeas, sobre todo Alemania, se negaron a aceptar la presencia japonesa en Port Arthur, la que consideraban peligrosa para los intereses occidentales. En definitiva, la ocupación no se mantuvo por mucho tiempo, quedando Rusia en esa área desde 1898. Sin embargo, Japón sumó a sus anteriores conquistas territoriales -Islas Kuriles (1875), Islas Bonin (1876), Islas Riu-Kiu (1879), Islas Vulcano (1881)- la Isla Formosa, la Península de Pescadores y la creación de un protectorado japonés en Corea.³

Aunque la Paz de Simonoseki no significó la humillación de Japón por la entrega de Port Arthur, como sugieren algunos autores, sí sería el motivo de la revancha nipona contra Alemania en la declaración de guerra de 1914. Con todo, fue una demostración del gran potencial bélico que estaba desarrollando este país, así como de la voluntad de seguir en su carrera expansionista.

La ocupación militar rusa de Manchuria, ocurrida luego de la sublevación de una secta antioccidental nacionalista china (boxers) en mayo de 1900, provocó la aprehensión justificada de las potencias europeas con intereses en esa área, toda vez que se entendió que la intención rusa era tratar unilateralmente con China. Resultado de esta lógica preocupación fue el Tratado con Inglaterra del 30 de enero de 1902. Este es considerado el primer gran triunfo diplomático del Estado Nipón por cuanto significó el término de su aislamiento y un voto de confianza de las potencias occidentales tras una época de recelo e incluso de hostilidad hacia la política japonesa. El tratado, no obstante, dejó en claro dos situaciones: primero, que Occidente no veía con buenos ojos las miras de Japón en China y, segundo, que sí alentaba la oposición nipona a las apetencias rusas en Manchuria.

En el tratado anglo-japonés se reconocía la independencia de China y de Corea y se declaraba los intereses especiales de Inglaterra en China y el de Japón en Corea. Este tenía un carácter puramente defensivo, al comprometerse cada país a apoyar al otro si era atacado por dos o más potencias. Era, en síntesis, una garantía ya que en caso de una guerra con Rusia, la alianza inglesa era el aval de que ningún otro país iba a unirse al Zar en acción de guerra. Esta alianza, sin embargo, fue considerada como peligrosa para Gran Bretaña ya que la colocaba frente a la posibilidad de involucrarse en una guerra en el Lejano Oriente. Para Japón ésta fue su consagración

como potencia de primer orden en el plano diplomático y estratégico en la región.

Esta naciente potencialidad japonesa quedó absolutamente demostrada con el triunfo sobre Rusia en 1905, tras la destrucción de la flota rusa en Tsushima el 27 de mayo de ese año. La guerra tuvo como antecedente dos años de prolongadas negociaciones con el objeto de definir los respectivos intereses en China (Manchuria) y Corea. El Tratado de Portsmouth, que tuvo como mediador al Presidente norteamericano Theodore Roosevelt -propuesto por Japón- fue una victoria nipona, pero parcial. Japón obtuvo el reconocimiento ruso de sus intereses en Corea, más la cesión del arriendo y ferrocarril rusos del sur de Manchuria -producto de anteriores concesiones chinas a Rusia- y la cesión de la mitad sur de la Isla de Sajalín. Sin embargo, las ambiciones niponas eran mayores, lo que ha llevado a considerar esta negociación como una frustración que habría sentado las bases del futuro imperialismo japonés, así como el triunfo había reafirmado el fuerte nacionalismo nipón.

La guerra ruso-japonesa constituye un hito en la historia mundial contemporánea, ya que es la primera vez que una nación asiática derrota a una potencia europea. Al mismo tiempo, demostró la validez de la occidentalización, pero sin el control occidental, a la manera japonesa, de tal suerte que sirvió de precedente y ejemplo para las diversas revueltas nacionalistas que se desataron en Asia contra la dominación del imperialismo europeo, que entendían era un sistema mediante el cual, tanto los asuntos internos de sus naciones como sus recursos eran administrados por los occidentales. La guerra permitió que Japón se erigiera, sin lugar a dudas, en el líder del panasiatismo que trató de desarrollar para su propio beneficio. Por otra parte, a corto plazo, la derrota rusa significó para este país, la vuelta a los problemas europeos en los Balcanes que desembocaron en la Primera Guerra Mundial; así como la debilidad demostrada por el Zar alentó la revuelta interna que se concretó en la Revolución Rusa de 1917.

La contundente victoria sobre las tropas de Moscú le dio a Japón la categoría de potencia mundial y alteró el balance de fuerzas en la región. No obstante esto, no cambió la percepción de las élites japonesas respecto a su seguridad nacional por lo que se propició la expansión imperial. El Estado japonés comprendía la necesidad de obtener territorios para su industria, pudiendo usufructuar de materias primas para sí. Además, Estados Unidos era visto, en relación a sus necesidades económicas, como un futuro e inevitable rival por el dominio del Pacífico lo que, entre otros factores, determinó la intensificación de las tendencias expansionistas y, en particular, la elaboración de un plan de conquista de Asia Oriental, que era, en la práctica, un plan de sometimiento, aunque era presentado como un plan de colaboración de pueblos de color contra la dominación blanca, lo que se tradujo en un colonialismo antiblanco y panasiático.

La experiencia imperialista japonesa fue relativamente distinta a la realizada por las potencias europeas en el siglo XIX. Primero, comenzó tardíamente y se circunscribió a los territorios vecinos ya que las posibilidades alternativas para

expandirse eran pocas y existía la presión por la presencia norteamericana en el Pacífico, rusa en Manchuria y occidental en China; segundo, llevó las industrias y la tecnología (plantas productivas, infraestructura de comunicaciones y transporte) a las colonias,⁴ donde se encontraba la mano de obra y las materias primas y, tercero, fue una política impulsada por la situación de desventaja y amenaza del país con respecto a Occidente, lo que hacía imperativo velar por la seguridad interna y salir adelante compitiendo. El esfuerzo imperialista fue planificado imitándose el modelo occidental, pero, según la idea japonesa, sin cometer los mismos errores.

Hacia 1914, en los albores de la Primera Guerra Mundial, el Imperio Japonés, como tal, era el primer país no blanco que alcanzaba la categoría de potencia mundial en los tiempos modernos; país que había logrado establecer un ámbito de poder e influencia político-militar y económica en Asia Oriental, convirtiéndose en un peligroso competidor para Occidente y para Rusia, en particular. La empresa colonialista le sumó a Japón importantes territorios insulares, así como también recibió, en régimen de concesión, Kwantung en el extremo de la pequeña península de Liaotung, territorio de relevancia estratégica.

La Primera Guerra Mundial sirvió de acicate en el proceso imperialista japonés que, de hecho, continuó con el apoyo de los aliados. El ofrecimiento interesado de asistencia naval en el Pacífico a Gran Bretaña, terminó con la declaración de guerra a Alemania en agosto de 1914. Alemania poseía importantes enclaves en el Pacífico como Tsingtao, en el territorio arrendado de Kiaochou, en Shantung, donde estaba el centro del poder militar alemán. Además, tenía Samoa Alemana, las islas Nauru, Marianas, Carolinas y Marshall, todos territorios ubicados en el ámbito de influencia japonés.

De esta forma, una vez declarada la guerra a Alemania, Japón actuó, ocupando las islas alemanas de Marshall y Carolinas con el apoyo inglés y, acto seguido, envió una fuerza naval para tomar Tsingtao y desembarcar tropas en el norte de Shantung -también con la asistencia británica- lo que implicó la caída de ese territorio el 10 de noviembre de 1914. La segunda maniobra significó reavivar la "cuestión china". Esta nación se encontraba en una situación de inestabilidad interna por lo que no pudo negarse a admitir una administración japonesa en el área recién ocupada y cuando lo intentó Japón hizo presión presentándole las llamadas "21 peticiones" que eran las cuestiones pendientes entre ambos países, las que fueron en su mayor parte aceptadas ante el ultimatum recibido de Tokyo el 7 de mayo de 1915. En general, esta última estrategia le dio, al Japón, el control sobre China septentrional y la Manchuria del sur.

El oportunismo que demostró Japón durante el desarrollo de la guerra le significó valiosos beneficios. Así, cuando el 31 de enero de 1917, Alemania anunció su intención de iniciar una guerra submarina y, frente a este hecho, Estados Unidos pidió la intervención de los países neutrales, Japón alentó a China a unirse a los aliados. El apoyo a los aliados podía brindarle a China la necesaria asistencia

financiera de Occidente para su debilitada economía, así como le permitiría conseguir, en los acuerdos finales de paz, la abolición de los derechos extraterritoriales en su suelo. Los hechos, sin embargo, demostraron la vulnerabilidad de China frente al poderío japonés. Japón ganó la partida. Los préstamos nipones otorgados a China le dieron, en compensación, más concesiones en ese territorio y un importante control de los asuntos militares chinos. Por otra parte, los negociadores del tratado de paz, ligados al Japón por compromisos secretos, no escucharon ni beneficiaron las peticiones chinas, pero sí las japonesas.

La acertada diplomacia japonesa obtuvo otro éxito en relación a la "cuestión china": el 2 de noviembre de 1917 se firmó el Convenio Lansing-Ishii entre los Estados Unidos y el Japón, que tuvo por objetivo expresar públicamente las intenciones de ambos gobiernos con respecto a China. En él se señalaba: "Los gobiernos de los Estados Unidos y el Japón reconocen que la proximidad territorial crea relaciones especiales entre los países y, en consecuencia, el gobierno de los Estados Unidos reconoce que el Japón tiene en China especiales intereses, sobre todo en aquella parte a las que sus posesiones están contiguas. La soberanía territorial de China, sin embargo, permanece incólume, y el gobierno de los Estados Unidos tiene plena confianza en las repetidas seguridades del gobierno Imperial Japonés de que, si la posición geográfica crea para el Japón intereses especiales, no tiene éste ningún deseo de hacer distinciones perjudiciales al comercio de otras naciones, o desentenderse de los derechos comerciales que hasta el presente ha concedido a China a otras potencias por medio de tratados..."⁵ En síntesis, con este convenio Japón consiguió el reconocimiento de Estados Unidos de su interés prioritario en China y, por su parte, Estados Unidos aseguró la mantención de su política de "puertas abiertas" en ese país.

Con respecto a la guerra misma, mientras no fue requerido ni necesario, Japón se mantuvo al margen de las operaciones bélicas. Así, al no participar en el frente europeo, pudo dedicarse a desarrollar su industria pesada, ascendiendo como potencia económica y destacándose, sobre todo, en la construcción naval. Sin embargo, no demoró tanto la demanda por su recién organizado ejército. En diciembre de 1917 se concretó la expedición a Siberia, donde quedaron concentrados 73.000 hombres. Esta expedición, si bien beneficiosa para los aliados por cuanto los jefes alemanes no se atreverían a transferir más divisiones del frente oriental al occidental, produjo al interior de Japón una crisis, acrecentada por los efectos que la competencia comercial norteamericana empezó a ejercer; fue un período de alzas de precios y estancamiento de los salarios. La disconformidad por la participación activa en la guerra, se expresó en los llamados "motines del arroz", provocada además, por el pánico despertado en la población ante un posible desabastecimiento. En agosto y septiembre de 1918 se produjo el desembarco en Vladivostok, donde Estados Unidos, frente a la posibilidad de nuevos movimientos expansionistas por parte de Japón, planificó la operación con el apoyo de norteamericanos, franceses y británicos.

Al término de la Primera Guerra Mundial la situación en Asia Oriental y el Pacífico difería bastante a la del principio de la misma. Sólo Japón había aumentado su influencia en Manchuria; se había apoderado del arriendo alemán, así como de otras concesiones en Shantung y había ocupado las islas alemanas del Pacífico al norte del Ecuador. La guerra le fue beneficiosa, pero la paz no satisfizo todas sus intenciones, principalmente las reivindicaciones china y los objetivos de igualdad y reconocimiento racial. Con todo, la conflagración abrió el camino para el desarrollo de un imperialismo japonés más agresivo.

En la Conferencia de Paz, iniciada en París en enero de 1917, se trataron tres asuntos que afectaban al Pacífico: primero, el destino de las islas alemanas que, en definitiva, fueron concedidas al Japón; segundo, la solución al problema de Shantung quedó pendiente y sólo se resolvió con la firma del Tratado de las Nueve Potencias, el 6 de febrero de 1922, por el cual Japón renunciaba a algunas de las "21 peticiones" presentadas a China en 1915 y debía evacuar sus tropas de Shantung y Siberia; y, tercero, la petición de Japón de incluir en la Carta de la Sociedad de Naciones una cláusula que garantizara la igualdad racial, no fue aceptada.

Del resultado de los tratados se puede deducir, entre otros elementos, que las intenciones de expansión hacia el continente, por parte de Japón, no fueron satisfechas. Asimismo, quedaba claramente establecido que Occidente no estaba preparado para aceptar, en igualdad de condiciones, a un país que, aunque potencia mundial, no era blanco.

La participación de Japón en la Primera Guerra Mundial implicó, para esta nación, cuestiones diversas y fundamentales. Fue la ocasión de seguir su política expansionista y de reivindicación territorial y comercial en China. Supuso una ventaja relativa para un desarrollo económico más acelerado que cubriera las demandas de una Europa en guerra y de una Asia desabastecida. Japón, de hecho, podía producir, con un sistema de compra de materias primas y venta de manufacturas, a precios más bajos que los europeos que, además, estaban en economía de guerra. Fue, también, el momento de alzarse como poder político-militar y económico en el área del Lejano Oriente y el Pacífico, debido al vacío de poder que, momentáneamente, dejaron las potencias occidentales en esa región. Pero, principalmente, fue la ocasión que tuvo Japón de reforzar y desarrollar con más fuerza su espíritu y voluntad nacionalista y panasiática, como lo demuestra la política armamentista posterior a la Primera Guerra.

La guerra había sido un éxito y un fracaso para Japón así como también le planteó desafíos. En un documento de 1919, el personero del gobierno nipón, Kita-Ikki, se refiere a estos desafíos, en una especie de recuento de guerra y de justificación a la política agresiva, imperialista y panasiática que desarrolló Japón luego del conflicto armado.

El éxito era evidente: "A diferencia de la Europa destruida por la guerra -señalaba Kita-Ikki- el Japón ha gozado de cinco años de prosperidad. Mientras

Europa habla de reconstrucción, Japón debe dar inicio a una reorganización".⁶

Nada era más claro para Japón que su situación de poderío e influencia en el ámbito de Asia Oriental: "...nuestros 700 millones de hermanos en India y en China, no tienen otro camino hacia la independencia que aquella ofrecida por nuestra guía y por nuestra protección"... , continuaba señalando Kita- Ikki...

La guerra había planteado un gran desafío al Japón: demostrar a Occidente su liderazgo en Asia y llevar a la práctica las aspiraciones panasiáticas que, además de tender a la concreción de una alianza entre todos los pueblos del Asia encaminada, en la acción, a contrarrestar la influencia política europea, pudieran justificar sus ulteriores acciones imperialistas, como lo demostrara en 1931 al invadir China. "¿Cómo pueden aquellos que miran con ansias -al respecto, termina señalando Kita-Ikki- estos inevitables desarrollos y que compadecen a nuestros vecinos por sus condiciones desesperadas encontrar consuelo en el pacifismo afeminado o en el socialismo doctrinario? No, la noble Grecia de la cultura asiática debe completar su propia reorganización nacional sobre la base de su propia esencia política. Al mismo tiempo, debe enarbolar la bandera virtuosa de una liga asiática y debe tomar la iniciativa de una futura federación mundial. Haciéndolo así proclamará al mundo...un ejemplo que todos deben seguir. Por esto, las ideas de aquellos que se oponen al armamento de nuestra nación son simplemente pueriles".

Después de la derrota de Japón en la Segunda Guerra Mundial; de la ocupación militar norteamericana (1945-1950) de su territorio, al frente del General Douglas Mac Arthur, y luego de la firma de un tratado de alianza con los Estados Unidos en 1951 (Paz de San Francisco), Japón que había demostrado su capacidad de competir con Occidente y erigirse como potencia mundial, continuó, sabiamente, con un más lucrativo tipo de imperialismo: el económico, el pacífico.

ANEXO

Declaración de guerra a Alemania. 20 de diciembre de 1914.

Enzo e Enrica Collotti. *La Storia Contemporanea Attraverso i Documenti*. Ed. Zanichelli, Bologna 1974.

"...Es política inmutable del Japón asegurar la estabilidad de Asia Oriental y contribuir a la causa de la paz mundial... Hoy el gobierno de Chung-Kin... no puede hacer otra cosa que continuar su inútil resistencia... No obstante, los Estados Unidos de América y el Imperio Británico no queriendo modificar su insensible política de mantener a Asia Oriental permanentemente en una posición servil, obstaculizan con todos los medios el arreglo de los asuntos de China.

Además, ellos han instigado a las Indias Orientales Holandesas, han amenazado la Indochina francesa y han recurrido a todos los medios posibles con el fin de

alejara a Tailandia del Japón. Estas dos potencias estaban activamente ocupadas en frustrar la natural aspiración de Japón, a promover con estos países del sur relaciones de común prosperidad, lo que ha aparecido como si ellas estuviesen a punto de abrir un ataque concentrado contra nosotros. Finalmente, ellas llegaron al extremo de adoptar medidas ultrajantes para romper las relaciones económicas con el Japón.

Entre potencias no beligerantes la ruptura de las relaciones económicas constituye un acto de hostilidad parangonable a un desafío con la fuerza armada. Y no contentas todavía con un acto tan ilícito, las dos potencias, induciendo a otros países a seguir las suyas han provocado el aumento de las fuerzas armadas sobre todos los lados del Japón, creando una grave amenaza a nuestra existencia. No obstante, una similar amenaza a la existencia del Japón y a la estabilidad del Asia Oriental, el gobierno nipón deseoso de conservar la paz en el Pacífico y de impedir la ampliación de las turbaciones bélicas a todo el mundo, ha conducido paciente y prudentemente negociados diplomáticos con los Estados Unidos por ocho largos meses.

Nosotros instamos a Estados Unidos y a Inglaterra y también a los otros países bajo la influencia de estas dos potencias a reconsiderar su actitud e hicimos presente nuestro espíritu de conciliación hasta donde era compatible tanto con la existencia como con el prestigio de nuestro Imperio y nos esforzamos por un acuerdo pacífico. Nosotros intentamos todo lo que era posible e hicimos todo lo factible. No obstante, el gobierno americano enredándose con principios utópicos rechazó el reconocer la clara realidad del Asia Oriental. Enceguecido por su fuerza material no pudo ver la real potencia de Japón. Y conjuntamente a las potencias asociadas, el gobierno americano aumentó la amenaza militar, pensando que con este medio habría obtenido la completa sumisión de Japón. No existe más entonces ninguna esperanza de mantener la paz del Pacífico en colaboración con los Estados Unidos y las Potencias asociadas a través de un arreglo de nuestras relaciones con ellos con medios pacíficos. La estabilidad de Asia Oriental y la existencia del Japón están ahora en peligro. Hoy ellos están atacando directamente nuestras fuerzas armadas. Siendo tal la situación un Restricto Imperial ha sido publicado, que declara la guerra a los Estados Unidos de Norteamérica y al Imperio Británico... Es tiempo para nosotros, cien millones de súbditos de Su Majestad, de avanzar con una sola voluntad fuerte como el acero y de utilizar todas las fuerzas nacionales en la continuación de la guerra con el fin de poder eliminar para siempre las raíces del mal en Asia Oriental y con este medio ir al encuentro de los augustos deseos de nuestro Soberano.

Permanece glorioso como el sol y las estrellas el Restricto Imperial sobre la misión de Japón de hacer que todas las naciones tengan, cada una, su propio puesto en el mundo. Inmutada es nuestra política de realizar la prosperidad de Japón, de China y del Manchukuo a través de la cooperación y la colaboración de los tres países y poner las bases para el surgimiento y el progreso de Asia Oriental. Y firme y seguro como nunca antes es nuestro propósito nacional que en alianza con Alemania e Italia, que comparten con el Japón las mismas aspiraciones, se establezcan las bases de la

paz mundial y marchar hacia la construcción de un nuevo orden. Japón está ahora obligado nuevamente a desarrollar su acción en varias regiones del sur, pero debería ser claro que nosotros no alimentamos ninguna intención hostil en las relaciones con las poblaciones de esta región. Nosotros deseamos solamente terminar con la tiranía de América y de Inglaterra y restaurar el Asia Oriental según las propias e independientes condiciones de existencia y compartir la alegría de la común prosperidad con todos ellos. Nosotros estamos convencidos que los pueblos de estas regiones comprenderán las verdaderas intenciones de Japón y pensarán en el inicio de una nueva Asia Oriental. El fortalecimiento o la caída de nuestro Imperio y el progreso o decadencia de Asia Oriental dependen de la actual guerra. Todo nuestro pueblo atento a los orígenes y al objetivo de esta campaña no actuará desconsideradamente ni se mostrará indolente, pero a través de nuestra industria y nuestra soportación nosotros nos mostraremos dignos de las más bellas tradiciones de nuestros antepasados.

Mirando las brillantes dotes de aquellos que en la historia han resuelto cada crisis, en la oportunidad de un fortalecimiento de nuestra prosperidad nacional, nosotros nos empeñaremos en colaborar en la noble y luminosa política imperial de alcanzar los objetivos de la presente campaña y fijar, con este medio, para siempre en Oriente la intención de nuestro soberano”.

BIBLIOGRAFÍA

- Lucien Bianco. *Asia Contemporánea*. Ed. S. XXI, México, 1980
 Hall John Whitney. *El Imperio Japonés*. Ed. S. XXI, Méx. 1981.
 Herbert Franke y Tranzettel Rolf. *El Imperio Chino*. Ed. S. XXI, México 1982.
 David Fieldhouse. *Los Imperios coloniales desde el S. XVIII*. Ed. S. XXI.
 Wolfgang J. Mommsen. *La época del Imperialismo*. Ed. S. XXI, Méx. 1983.
 Maurice Crouzet (Dir.) *Historia General de las Civilizaciones*.
 Ed. Destino, Barcelona 1961. Vol. VII.
 David Thomson. *Historia Mundial. 1914-1950*. F.C.E., 1985.
 Cambridge University Press. C.L. Mowat (Dir.) *Historia del Mundo Moderno*. Ed.
 Sopena, Barcelona, 1979.

NOTAS

1 “Carta de los cinco artículos” en *La Storia Contemporanea Attraverso i documenti*, Enzo e Enrica Collotti. Ed. Zanichelli, Bologna 1974.

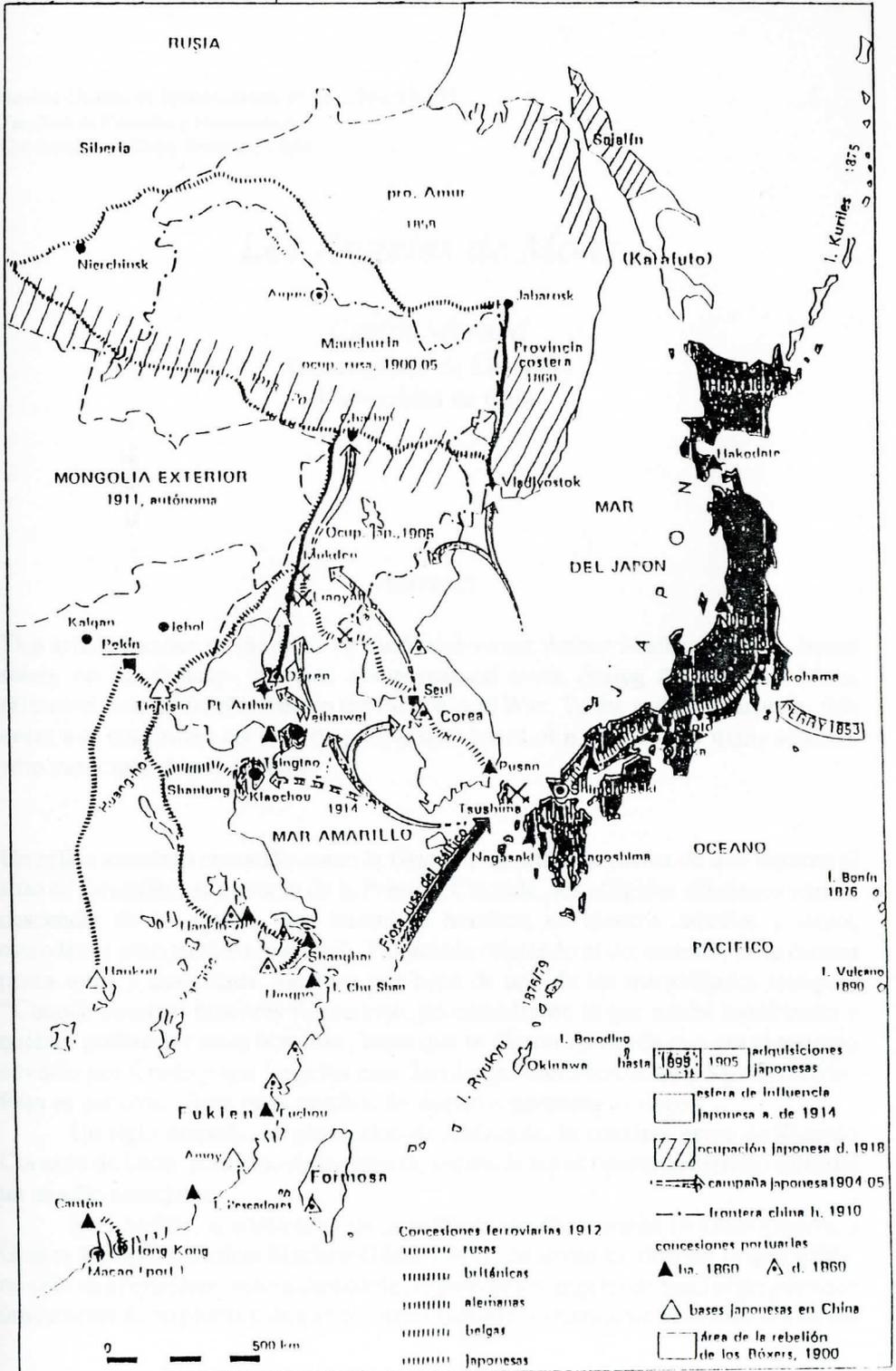
2 A mediados de los años 1930 y hasta la mitad de la década de los 1960 Japón entró en su 2da. etapa basada en la producción siderúrgica, productos químicos, armamentos y automóviles. En el tercer período (1960 y siguientes) se puso énfasis en la producción de alta tecnología e industrias electrónicas, comunicaciones, computadores y microprocesadores.

3 En noviembre de 1905 Corea pasó a ser, formalmente, un protectorado japonés y en 1910 fue anexionada definitivamente por Japón.

4 Por ejemplo, Corea y Taiwán anexados por Japón en 1910 y 1895, respectivamente, desempeñaron el rol de receptores de las industrias japonesas, de tal forma que, en el primer cuarto del siglo XX, sustituyeron la decreciente producción agrícola japonesa.

5 Silvia Núñez García y Guillermo Zameño Padilla (eds.), *EUA 3 Documentos de su historia política III*. México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1988.

6 Enzo e Enrica Collotti. *La Storia Contemporanea Altraverso i documenti*. Ed. Zanichelli, Bologna 1974.



La expansión japonesa d. 1875